

Formación: Catequesis y Eucaristía.

Módulo 1. Espiritualidad Eucarística

Nuestra vocación cristiana nace en el bautismo. Como catequistas hemos vivido un encuentro con Cristo ¹. Un Cristo que es persona, no doctrina, teoría o abstracción, por lo que nuestra vida espiritual cristiana es ante todo seguir a una persona, a quien debemos de conocer bien, pues no se confía ni se cree en quien no se conoce.

Para que nuestro Ser cristiano persevere en la fe, es necesario que este encuentro con Dios vivo se siga dando. Y ante esta necesidad nos preguntamos: “¿dónde te encontramos de manera adecuada para abrir un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad? ¿Cuáles son los lugares, las personas, los dones que nos hablan de ti, nos ponen en comunión contigo y nos permiten ser discípulos y misioneros tuyos?”².

A estas preguntas se responde en los números 246 al 257 del Documento conclusivo de Aparecida, sintetizando que el catequista alimenta su espiritualidad en la *Palabra, la Eucaristía y los necesitados*. Hoy nos centraremos en el encuentro con Cristo en la Eucaristía.

Espiritualidad Eucarística

“... los fieles cristianos necesitan comprender más profundamente las relaciones entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La espiritualidad eucarística no es solamente participación en la Misa y devoción al Santísimo Sacramento. Abarca la vida entera». Esta consideración tiene hoy un significado particular para todos nosotros. Se ha de reconocer que uno de los efectos más graves de la secularización, (...), consiste en haber relegado la fe cristiana al margen de la existencia, como si fuera algo inútil con respecto al desarrollo concreto de la vida de los hombres. El fracaso de este modo de vivir «como si Dios no existiera» está ahora a la vista de todos. Hoy se necesita redescubrir que Jesucristo no es una simple convicción privada o una doctrina abstracta, sino una persona real cuya entrada en la historia es capaz de renovar la vida de todos. Por eso la Eucaristía, como fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, se tiene que traducir en espiritualidad, en vida «según el Espíritu»³.

¿Por qué una Espiritualidad Eucarística?, Como catequistas acompañamos procesos de iniciación a la vida cristiana, y como sabemos nadie puede dar lo que no tiene. La vida de todo catequista se fortalece especialmente en su identidad de discípulo misionero por medio del alimento eucarístico, que lo conduce a una vida espiritual a través de su vida eclesial. La mejor forma de poder alimentar la vida espiritual es la vida sacramental, especialmente con la Eucaristía, fuente y culmen de nuestra vida y de la vida de la Iglesia, lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo.

¹ DA 131

² DA 245

³ SCa 77

Nuestra vida y nuestra misión han de reflejar esta espiritualidad. Es a partir del encuentro con Cristo en la Eucaristía que recorremos el camino de nuestra vida:

Dios trinitario: En cada sacramento comenzamos poniéndonos en su presencia. Nosotros creemos y anunciamos a un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si bien nuestra catequesis es cristocéntrica, ha de anunciar y hacer presente a Dios en sus tres personas. Nuestra espiritualidad ha de desarrollarse en el vínculo con Dios trino.

Misericordia: Medirse con la fragilidad de la arcilla de la que estamos hechos es una experiencia que nos fortalece: mientras que nos hace hacer cuentas con nuestra debilidad, nos abre el corazón a invocar la misericordia divina que transforma y convierte. Y esto es lo que hacemos en el acto penitencial al principio de la misa.⁴ El acto penitencial dispone nuestro corazón hacia la misericordia de Dios, aquellos pecados veniales que cometimos serán perdonados al participar en la Eucaristía⁵, pero este no es un momento aislado, cada día necesitamos de la misericordia de Dios. Realizar un examen de conciencia al finalizar cada jornada nos permite revisarnos, en nuestro camino recurrimos permanentemente a Dios implorando su misericordia, y al mismo tiempo se nos invita a ser misericordiosos como el Padre⁶. La dinámica del perdón ha de ser un ejercicio diario para el cristiano, el reconocernos pecadores nos hace sentirnos necesitados de la misericordia divina, el reconocer pecadores a los hermanos nos hace ejercitar la misericordia, la cual se vuelve acción al perdonar a quien me ofende.

La Palabra: en cada Eucaristía de manera especial la vida se confronta con la Palabra de Dios, convirtiéndose en Palabra que da y transforma la vida; en ella se expresa de modo sacramental la vocación de discípulos y misioneros⁷. Esta Palabra se encarna en nosotros para ser vivida y testimoniada, es Palabra que se hace vida, que se anuncia con los labios y la acción.

Vida ofrecida: “Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella”⁸. Nuestra vida ha de ser vida que se entrega, que se ofrece a los demás. El Señor nos dice: “El que vive su vida para sí la perderá, y el que sacrifique su vida por mi causa, la hallará”⁹, debemos discernir dónde el Señor necesita que nos ofrezcamos y entreguemos, no se trata de buscar sufrimientos para ofrecerlos, ni de autoflagelarnos, si no de entregarnos a Dios donde Él nos necesita, sin reservas, con generosidad.

Comunión: Cristo es la cabeza de la Iglesia: la relación con los otros se da por medio de la comunión, que adquiere su máxima expresión en la Eucaristía, en ella logramos identificarnos con Cristo y decir, “como tú Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros”¹⁰. No somos catequistas aislados, somos catequistas porque somos comunidad, venimos de una comunidad, la Iglesia. Benedicto XVI nos decía: “No

⁴ Audiencia General, Papa Francisco

⁵ CIC 1436

⁶ Lc 6,36

⁷ DA 250

⁸ LG 11

⁹ Mt 10,39

¹⁰ Jn 17,21

podemos comulgar con el Señor, si no comulgamos entre nosotros”¹¹. Somos enviados por la comunidad para realizar nuestro servicio de catequistas, este es un hermoso don y una gran responsabilidad.

Envío: “En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos.”¹². Al finalizar la Eucaristía somos enviados para llevar a aquel que hemos recibido, para ser testimonio de Cristo en nuestra vida. Nuestra misión de catequista se ve renovada y actualizada con cada encuentro con Cristo en la Eucaristía. Luego de un conocimiento personal y de nuestro encuentro con Cristo, privilegiando el contacto con Él por medio de la escucha de su Palabra, como catequistas vivimos su espiritualidad especialmente en el grupo, que es lugar e instrumento de iniciación a la vida cristiana, el cual nos ofrece la posibilidad de comunión, diálogo, de relación sincera con el otro, que nos conduce a la relación con el “Tú” trascendente, reconociéndonos de este modo miembro de la Iglesia, del Cuerpo místico de Cristo. Nos descubrimos así, como un colaborador y servidor desde nuestro carisma para la comunidad, un fiel anunciador de las maravillas de Dios en la historia.

La Eucaristía es la cima de la unión con Dios, es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo, es la más fuerte expresión de los esposales de Dios con su pueblo, es el acto de amor más grande jamás igualado “dar la vida por sus amigos”, es el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo. Solo desde la comunión con Jesús Eucaristía brota el auténtico amor que nos hace como catequistas ofrecernos en Cristo a los demás.

Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero¹³.

San Juan Pablo II nos decía: “Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. (...) Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo, Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Lo hace a través del ministerio sacerdotal de la Iglesia y para gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente, éste es

11 Homilía, 29 de mayo 2005

12 EE62

13 DA 251

el *mysterium fidei* que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo”.¹⁴

Bibliografía:

DA - Documento de Aparecida (2007).

SCa - Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, Benedicto XVI (2007)

CIC – Catecismo de la Iglesia Católica

LG - Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (21 de noviembre de 1964)

EE - Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia, S.S. Juan Pablo II (17 de marzo de 1999)

Audiencia General, Papa Francisco. Aula Pablo VI Miércoles, 3 de enero de 2018

Artículo *La espiritualidad del Catequista se alimenta en la Palabra, la Eucaristía y los necesitados*. (DA 246-257), Frei Carlos Raimundo Rockenbach, Bogotá – Colombia